

Breves notas para la historia de una amistad

Pedro Henríquez Ureña en su correspondencia con Alfonso Reyes

Adolfo Castañón

A don José Luis Martínez

Al morir trágicamente Pedro Henríquez Ureña a los sesenta y un años de edad, en mayo de 1946, Alfonso Reyes escribe en su *Diario* (inédito) subrayando las frases en el apartado correspondiente al 12 de mayo de 1946: "...Me llega la noticia de la muerte en Buenos Aires de Pedro Henríquez Ureña. Me voy quedando como la espiga solitaria de Heine, olvidada por el segador en medio del campo".¹ Pedro falleció el día 11 y la alusión a Heine se remonta al edén amistoso de los primeros tiempos compartidos por ambos. El poema proviene del capítulo IV del "Libro Le Grand" (*Das Buch Le Grand*) que dice así:

Pero al fin llegará el día, y se extinguirá el fuego en mis venas, el invierno habitará en mi pecho, sus blancos copos se volotearán acá y allá en torno de mi cabeza, y sus nieblas velarán mis ojos. Descansarán mis amigos en sus tumbas, ya cubiertas de verdura; yo solo sobreviviré como solitaria espiga olvidada por el segador; una generación nueva habrá surgido con nuevas aspiraciones y nuevas ideas; lleno de admiración escucharé nuevos hombres y nuevos cantos; los antiguos nombres se habrán olvidado, yo mismo lo estaré ya; quizás aún me honren algunos, muchos se burlen de mí y ninguno me ame. Vendrán a mí, saltando, niños de mejillas de rosa, pondránme la vieja arpa en la temblorosa mano, y diránme riendo: "¡Viejo perezoso, hace ya mucho que estás callado; vuelve a cantarnos las canciones de los sueños de tu juventud!"...²

¹ Estas palabras certeras del *Diario* resuenan en el ensayo que Reyes escribiría en su memoria y que concluye así: "Pedro muere en el peor momento. Si Pedro se hubiera marchado unos seis años atrás, su valor sería el mismo, y él no habría padecido ante los horrores que ensombrecen la historia. Si nos hubiera vivido siquiera otros seis años, ¡cuánto nos hubiera ayudado a navegar la crisis en que hoy naufragamos para explicarnos y dilucidar esta confusión que nos rodea. Desapareció, se ha ido quien podía socorrernos".

² Heinrich Heine, *Cuadros de viaje*, primera versión castellana hecha directamente del alemán con arreglo al texto por Lorenzo González Agejas, Biblioteca clásica 55, Madrid, 2005.

Acababan de morir Antonio Caso y Enrique Díez-Canedo, y el 17 de mayo, al cumplir Reyes cincuenta y siete años, escribe una "Balada de los amigos muertos":

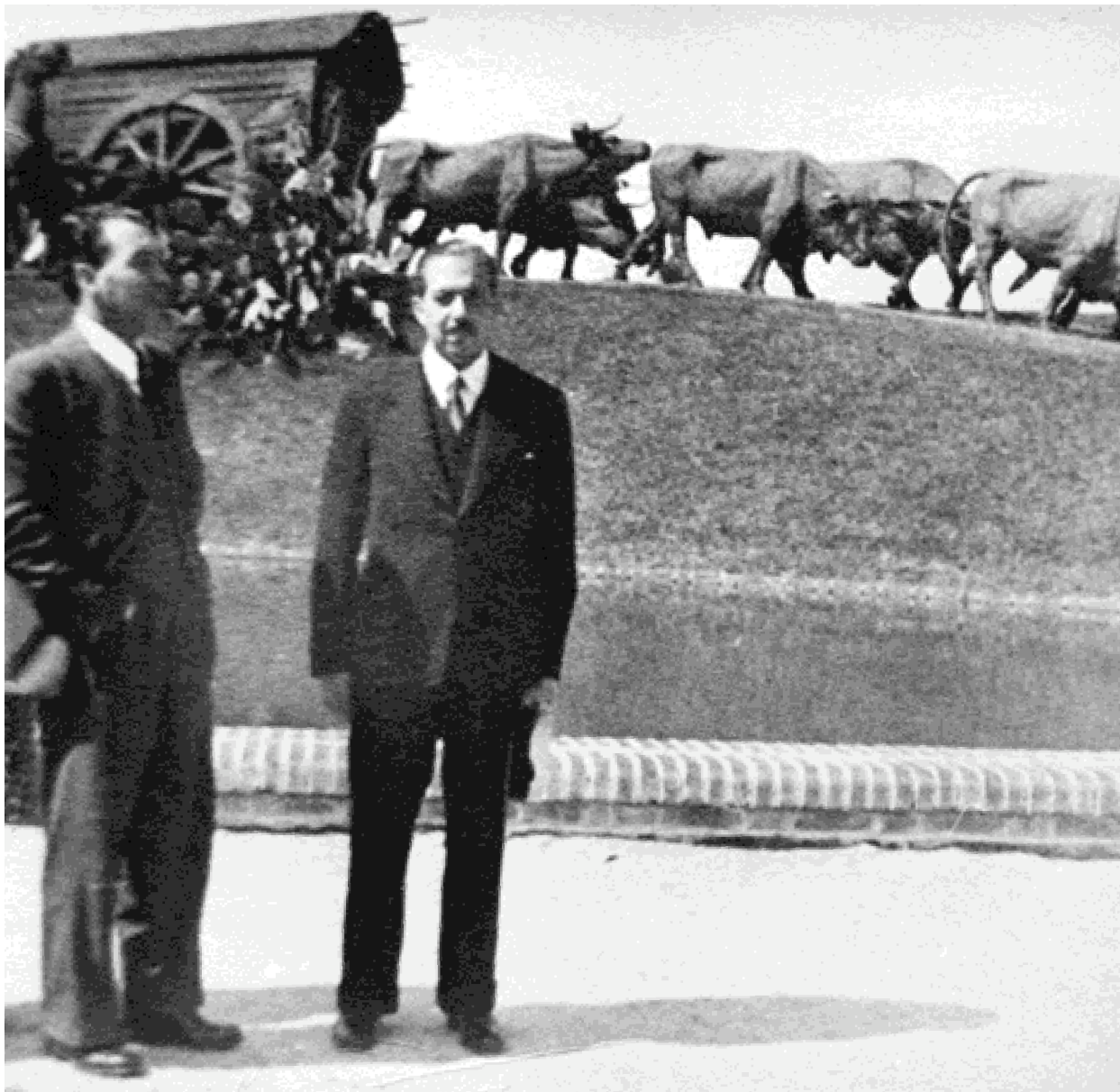
BALADA DE LOS AMIGOS MUERTOS

(En mis cincuenta y siete años)

Con mi tostón y siete centavos
yo no me tengo por pobre ni rico.
No sufro así —ni pretendo ni abdicó—
las ambiciones ni los menoscabos
de los señores ni de los esclavos.
No son los años, que yo no me arredro,
los que traen dolor y desmedro:
son los amigos que el tiempo me roba.
Tras de las puertas arrima su escoba,
y ahuyenta a Antonio y a Enrique y a Pedro.

Me voy quedando sin más compañía
que las reliquias y que los retratos.
¡Claros recuerdos, dulcísimos ratos!
Ya el vino viejo se acaba, y no cría
la viña nueva el sabor que solía.
¡Gratas memorias, gustoso palique!
Todos lo entienden sin que yo lo explique.
¿Dónde se fueron tan plácidas horas?
¡Llora, alma mía, que es justo si lloras!
¿Adónde están Pedro, Antonio y Enrique?

¿Dónde el encanto de aquella velada
en que, anotando pasajes del *Fedro*,
los comentarios copiosos de Pedro
sólo escampaban a la madrugada?
¡Rapto de Antonio, o bien carcajada,
según lo inspiren el dios o el demonio!
¡Y el buen humor de apacible Favonio
que por la charla de Enrique fluía!...



Pedro Henríquez Ureña y Vicente Lombardo Toledano

¿A dónde estáis, regocijos de un día?
¿A dónde están Pedro, Enrique y Antonio?

Musa que escuchas sellados los labios:
suelta el lamento y entona el responso.
De Antonio y Pedro y Enrique y Alfonso,
perdura el necio, parecen los sabios.

† Enrique Díez-Canedo

† Antonio Caso

† Pedro Henríquez Ureña

*México, 17 de mayo de 1946. Constancia Poética,
Obras completas, tomo X.*³

³ En *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo X, Fondo de Cultura Económica, Letras mexicanas, tercera reimpresión, México, 1996, pp. 225-226.

La última carta que había recibido de su amigo dominicano llevaba fecha del 4 de noviembre de 1942. Alfonso Reyes dice:

Buenos Aires, 4 de noviembre de 1942

Alfonso:

Contestando tu carta, te aviso que me ocupé de *La experiencia literaria*: me dieron pruebas, las corregí, y también las recorrió Amado. Hay dos o tres notas de pie de página agregadas a uno que otro retoque, como el que indica la duda sobre que el Marqués de Santillana haya recogido los refranes. Sale pronto.

Rosenblat necesita unas fotografías, que te detallaré al pie. Creo que en el Museo podrán conseguirse. Si cuestan algo, las pagará el Instituto de Filología.

Recuerdos.

Pedro⁴

⁴ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo III, p. 482.

Y Reyes de inmediato responde:

México, DF, a 24 de noviembre de 1942

Pedro:

Gracias por tu carta del 4 y las noticias sobre las correcciones de mi libro. Gracias por los retoques. (Se refiere a la frase introducida en el ensayo sobre “Marsyas o del tema popular” que dice ahora “...el prócer Marqués de Santillana —*si hemos de creer una discutida atribución*— nos ha dejado recopilaciones de tema popular en los Refranes que dicen las viejas tras el fuego”).⁵

A Rosenblat, que ya me ocupo con gusto de obtenerle las treinta y dos fotografías de castas mexicanas en cuadros del Museo Nacional.

Recuerdos muy cariñosos.

Alfonso⁶

A este ejemplo claro de la amistad servicial, obedecen las dos últimas cartas de Alfonso Reyes publicadas en el *Epistolario íntimo*:

⁵ Alfonso Reyes, *La experiencia literaria*, tomo IV, p. 55, (cursivas de PHU).

⁶ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo III, p. 482.



A los veinte años, 1904

Un vacío de dieciocho meses, más de un año y medio después el mexicano le escribe al dominicano:

México, DF, a 7 de junio de 1944

Doctor Pedro Henríquez Ureña
Buenos Aires

Pedro:

No podía haber llegado más oportunamente la última carta que le escribiste a Enrique Díez-Canedo. Fue lo último que leyó el día de ayer. Se nos murió por la tarde tras una larga postración debido a trastornos cardíacos y arteriales que desde hace tiempo lo tenían a media vida. Recientemente pasó una temporada en Cuernavaca, donde yo también tuve que ir a refugiarme por más de un mes por serios achaques de salud de los que ya estoy restablecido. Pero si yo volví por mejoría, él volvió a México porque no aguantaba estar fuera y porque ya todo era inútil. Pasó estas últimas semanas recluido en cama y ayer se extinguió sin sufrimiento y conversando tranquilamente. Teresa me mostró tu carta y me dijo que Enrique había tenido una verdadera alegría con ella. Quiero que lo sepas. Fuera de esta pena, no hay que contarte. Trabajamos constantemente. Todo te irá llegando. Saludos a los amigos.

Recuerdos de casa a casa.

Alfonso⁷

Ésta era la última carta, publicada hasta ahora (enviada desde México el 7 de junio de 1944), de una larga correspondencia iniciada, en 1907 y se la manda a su amigo dominicano quien estaba a punto de cumplir sesenta años sin barruntar que con ella finalizaría ese comercio a la par civil e íntimo. La carta concluye con una frase significativa de la relación afectuosa y aun íntima entre ambas familias: “Recuerdos de casa a casa” es una forma de saludar a Sonia Lombardo y a sus dos hijos por quienes Reyes siempre sintió una viva amistad. De ese “epistolario íntimo”, como lo tituló en su controvertida edición el dominicano Juan Jacobo de Lara⁸ sólo es realmente público el tramo que editó y

⁷ En Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, tomo III, recopilación de Juan Jacobo de Lara, R.D., Publicaciones de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), Santo Domingo, 1983, p. 485.

⁸ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, recopilación de Juan Jacobo de Lara, Universidad Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, tomo I (1906-1914), 1981, 316 pp, tomo II (1914-1916), 1981, 300 pp, tomo III (1906-1944), 485 pp.

curó, para echar mano de un término museográfico, el mexicano don José Luis Martínez en 1986.⁹

Ese tramo abarca siete años de absorbente y copioso, chismoso y cotilleante intercambio epistolar y corresponderá al periodo que abarca del 15 de septiembre de 1907 al 19 de septiembre de 1914. En él se ventila y cobra cuerpo no sólo una relación de fervorosa amistad y admiración recíproca sino una relación singular de maestro a discípulo. Pedro Henríquez Ureña en el papel de guía y hermano mayor y Alfonso Reyes en funciones de discípulo aventajado y dúctil aprendiz. Hay que decir de paso que Pedro Henríquez Ureña se tomó muy a pecho su papel de maestro y asumió desde muy temprano su responsabilidad como pastor de inteligencias jóvenes a partir del oficio de la amistad. La correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes ha llegado a ser ineludible. Por ejemplo, Carlos Monsiváis comenta:

Nunca está de más insistir en la correspondencia de Reyes y Henríquez Ureña. El primer tomo, aún poco leído, es el documento más significativo de la formación en México del humanismo moderno y por entero laico. El maestro es Henríquez Ureña, y esto lo reitera Reyes en 1914, desde París: “Cuidame, constrúyeme” (carta 74) y en otra carta de París, le expresa su miedo a “morir de erudición”, o de algo semejante por la influencia del hipere rudito Marcelino Menéndez y Pelayo:

Porque París ha sido para mí una crisis. Como quiera que será provechosa, si no para el mediano literato, sí para el hombre bien intencionado. ¡Ah! Es urgente, hace días que tengo esta angustia: hay que emanciparse de Menéndez y Pelayo. Es casi imposible, pero de imprescindible necesidad. ¿Cómo hacer? En mi soledad, ya lo sabes, eres el centro de mis deseos espirituales. A ti espero y en ti espero (mayo de 1914).¹⁰

El calendario de la amistad se rige por estaciones y en particular la de Pedro Henríquez Ureña obedecía a ciclos. Una primera etapa de la amistad en Pedro Henríquez Ureña, la describe Julio Torri en la carta del 9 septiembre de 1914 dirigida al dominicano:

...en el primer periodo, el deslumbramiento del hallazgo, periodo de largas conversaciones y los únicos goces de tener amigos. Después viene —por lo menos en ti (le



sigue diciendo Torri a Pedro Henríquez Ureña)— la época de las tempestades; tienen decepciones profundas (...) y terminas, al fin de este segundo periodo, por apartarte de él. Luego viene una aproximación lenta y definitiva; el amigo se convierte en cosa inevitable y molesta y la amistad entra en su periodo durable y alcanza su fórmula plena: intercambio de servicios intelectuales y morales (cito de memoria carta tuya a Castro).¹¹

Ese primer volumen acuciosamente preparado por don José Luis Martínez resulta también un testimonio ineludible para asomarse a la vida cultural y política en México en los primeros años álgidos de la Revolución Mexicana, y muy en particular para reconstruir la forma en que Pedro concebía, entre la conspiración y el sacerdocio, la comunión de la enseñanza.

Así lo expresaría más tarde, por ejemplo, José Vasconcelos quien en su saludo de despedida al maestro:

Necesitaba del trato con otras conciencias, ya fuese en persona ya a través de los libros. Y aunque era un gran lector, siempre buscaba el amigo o el cenáculo, como si nada valiese la lectura no compartida. Mucho se ha hablado del grupo del Ateneo y lo único cierto es que sin Pedro no habría existido. Su exigencia de sociabilidad nos llevó a trabajar en común, no obstante ser cada uno de nosotros radicalmente distinto e inepto para el trabajo común.¹²

⁹ Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, primera edición, México, 1986, 537 pp.

¹⁰ Alfonso Reyes, *México*, coordinación de Carlos Fuentes, prólogo de Carlos Monsiváis, FCE, Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, México, 2006, p. 26.

¹¹ Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña, pp. 220-221, en Julio Torri, *Epistolarios*, edición, prólogo y notas de Serge Zaitzeff, UNAM, Coordinación de Humanidades, México, 1995.

¹² José Vasconcelos, “Vivió entre amigos”, en *Presencia de Pedro Henríquez Ureña*. Escritos sobre el maestro, compiladores Jorge Tena Reyes y Tomás Castro Burdiez, Santo Domingo, República Dominicana, 2001, pp. 194-195.

Pedro Henríquez Ureña había trabado conocimiento con Alfonso Reyes en 1906 —de ahí que J.J. Lara inicie su epistolario en ese año aunque en rigor la primera carta sea la que Alfonso Reyes le envía a Pedro desde Chapala a México, el 15 de septiembre de 1907. Muchos ingredientes concurrirían para preparar el terreno firme en que se desarrollaría esa tan constante, fecunda y fervorosa amistad. Al igual que Alfonso Reyes, hijo del general, gobernador y político Bernardo Reyes (1850-1913), Pedro Henríquez Ureña era hijo de una de las familias patricias de la república antillana: médico de formación, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935) llegaría a ser, primero, Ministro de Relaciones y, luego, Presidente de la República Dominicana en 1916. Además había contraído matrimonio con la educadora y poeta Salomé Ureña quien no sólo destacó en las letras y en la enseñanza sino que, además, tuvo el mérito incalculable —como la señora de Canetti, la madre de Elías— de ser la señora madre de sus hijos, sus verdaderas obras de arte, y de Pedro, su obra maestra. Discípula de José María Hostos, fundadora de un instituto para la educación de señoritas, murió de tuberculosis precozmente en 1907.

En 1890, cuando el niño Pedro cumple seis años, su madre escribe los siguientes versos en una suerte de premonición que el adulto no desmentirá:

Mi Pedro no es soldado, no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.
¡Si lo vierais jugar!, tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.
Hijo del siglo para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz como el insecto alado,
y en sus fulgores a incendiarse acude.
Amante de la patria y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Siete años después, poco antes de morir, añadirá dos estrofas más: se trata de los últimos versos que escribió en 1890:

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.
Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío

estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

Desde niño supo ser el maestro de matemáticas y aritmética de su hermano Max a quien enseñó a leer y con quien “editaba” las hojitas manuscritas semanales *La tarde* y luego *El faro literario* de circulación familiar y doméstica, ediciones caseras que hacían competencia a la revista la *Insurrecta* —inspirada en la guerra de independencia de Cuba— producida por Fran Henríquez Ureña, el primogénito de la familia que había acompañado a su padre a Europa. Heredero de su madre y de su abuela Salomé —incluida por Menéndez y Pelayo en su antología—, Pedro llevaba junto con la deuda literaria, la vocación pedagógica.

Las ciento doce cartas que componen el epistolario editado por José Luis Martínez y que van de 1907 a 1914 dan cuenta de las formas, métodos y aun astucias que Pedro Henríquez Ureña adoptó para dar forma a la vocación e inteligencia crítica y artística de Alfonso Reyes, apenas cinco años menor que él. Henríquez Ureña estaba orgulloso de ese logro ascendiente suyo sobre toda una generación —la del Ateneo y algunos escritores posteriores— pero en particular de Alfonso, su preferido. En la correspondencia que sostiene con Julio Torri vuelve bajo su pluma una expresión que es sinónimo de altura literaria: “alfonsíneo”, evocativa de apolíneo para expresar elevación literaria. Una elevación de la que él mismo era en cierto modo el artífice. Algunos años más tarde, cuando Alfonso Reyes ya en Europa pasa de París primero a Burdeos y luego a Madrid y poco a poco empieza a abrirse paso en la villa y corte de aquel entonces, le confía en diversas ocasiones con agrada sorpresa que entre españoles e hispanoamericanos, ambos, Pedro y Alfonso, son bien conocidos allá. En particular le llama la atención el seguimiento que hace el mexicano Francisco A. de Icaza, viejo vecino de Madrid:

Madrid, 5 de noviembre de 1914

Pedro:

¡Ay Pedro! Se fue a Londres Pablito a examinar y no sabe si volverá. Su familia, ¡se vuelve a México! Envía hoy mismo a Francisco A. de Icaza, Cuesta de Santo Domingo número 5, Madrid, cuanto folleto tuyo no le hayas enviado. Me mandó llamar por conducto de Acevedo, que me quería conocer. Tengo de él los peores informes; malo, gruñón, antipático, etcétera. Personalmente, amable, pero mañoso. Es mexicano: opinó desde hace años, como tú, que Alarcón lo era y una de sus razones es que no es tan improvisador como el escritor español y lo sus-

tancioso en vez de dialéctico. A ti y a mí nos conoce bastante y nos ha leído: está celoso de que no lo hayamos elogiado. Creía que no creíamos en él y lo desengañé. Busca ocasión de endulzarle esa amargura. Dice que él se lo merece por no haber contestado nuestros obsequios de libros ni haber tenido oportunidad de elogiarnos como merecemos, etcétera. Nos toma muy en serio. Vive suntuosamente. Escribe sin cesar. Ha demostrado que la *Tía Fingida* es del Aretino y tiene próximo a salir el libro relativo. Me señaló la ignorancia de Gutiérrez Nájera y sus secuaces que hablan del hermoso paje Ziebel (como en la ópera) y no saben (que) Ziebel, es, en el Fausto, un feo soldado borracho. No quiere a Nervo ni lo estima. Celosísimo de no figurar en mi enumeración de poetas. Se siente mexicano y anhela que en México lo elogien un poco. (Dice las cosas con cierta inteligente claridad.) Pasado mañana me presentará con Francisco Rodríguez Marín para que pueda yo trabajar a gusto en mi edición de Juan Ruíz de Alarcón: envíame sobre éste tu folleto (se me quedó en París) y un torrente de datos, ideas, descubrimientos, adivinaciones, consejos, reglas de erudición, etcétera. Se ha fijado tanto, tanto Icaza en lo que escribimos que me ha sorprendido un poco. Próximo a publicar un libro de versos. Zárraga de Toledo, vuelve de cuando en cuando: intratable, lleno de odio a nosotros, aunque se lo traga. ¡Ha llegado Diego Rivera! Aún no nos hemos encontrado, pero ya nos buscó a Acevedo y a mí. Con que ya somos tres: faltas tú. ¿Y tú? ¿Qué haces?

(No consigo dinero. No importa.)

Alfonso¹³

No es el único caso. El erudito Rodríguez Marín también está al corriente de la existencia de Alfonso Reyes y de Pedro Henríquez Ureña: "...me discutió artículos míos —le dice Reyes— publicados en periódicos de La Habana (nos ha leído de cabo a rabo) y me dijo espontáneamente y sin que yo sugiriera la crítica, que mi artículo *On Nervo*, aunque acusaba una crítica 'cariñosa' estaba muy hábilmente hecho porque decía, sin palabras de censura, todos los defectos", según le dice en la carta del 8 de noviembre de 1914 y que me permito reproducir en su integridad:

8 de noviembre de 1914

Pedro:

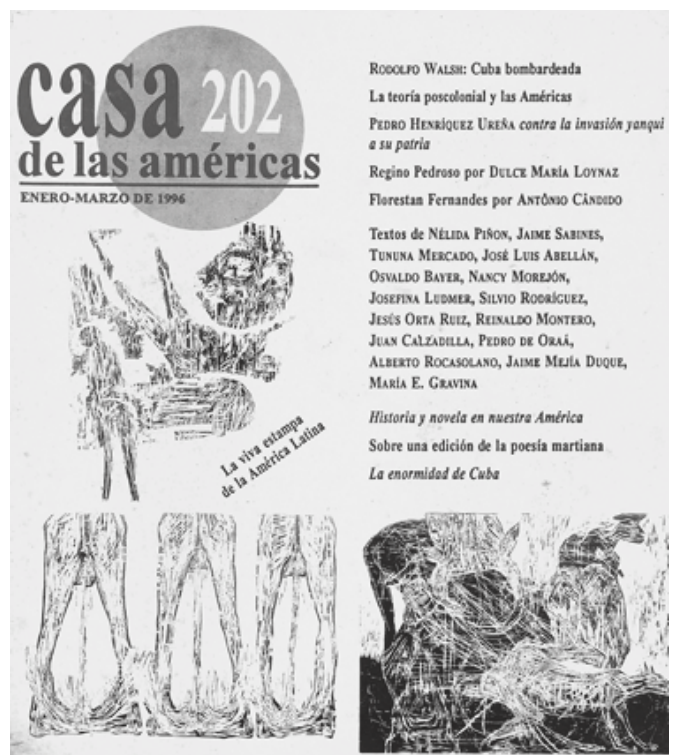
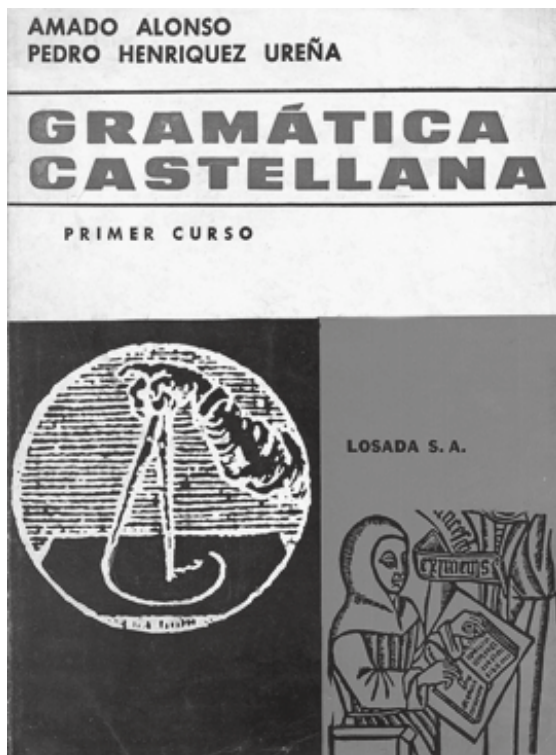
Me llegó tu *Oliva* para Icaza con terrible oportunidad: en la mañana. Pocas horas después nos vimos él y yo en la Biblioteca Nacional, adonde fue exclusivamente para presentarme con Rodríguez Marín, viejo que tiene cara



de ratón peludo y orejón, enteramente cano, de amabilidad temblorosa y apresurada, y de voz ridículamente tiple y gastada (algo como la de Cabrera). Cuento ya con él para trabajar a gusto en Alarcón. Ya verás qué buena documentación aprovecharé. Icaza me llevó, después de pasear más de una hora por la Castellana, a comer a una elegantísima fonda. Me habló de cosas eruditas y también elegantes, de un libro que perdió, y acaba de rehacer en manuscrito sobre literatura colonial mexicana; de los viajes de Montaigne por Italia, edición que G. Paris obsequió (*sic*) a Alessandro d'Ancona, y que éste hizo anotar por los eruditos de cada sitio visitado por el viajero; me discutió artículos míos publicados en periódicos de la Habana (nos ha leído de cabo a rabo) y me dijo, espontáneamente y sin que yo sugiriera la crítica, que mi artículo *On Nervo* aunque acusaba una crítica "cariñosa" estaba muy hábilmente hecho porque decía, sin palabras de censura, todos los defectos. En la noche, gracias a él, fui al Ateneo a oír la conferencia llena de *platitudes* que dio Max Nordau sobre el principio de las nacionalidades. Viejo gordo, cabeza blanca, barba blanca partida, no en dos puntas, sino en dos globos de algodón, irritantemente simétricos.

Habló en francés (*con acento mexicano*). Se burló del paneslavismo y más del pangermanismo; pero, por adulación aceptó el panlatinismo. Habla con terrible lentitud. Dijo que ni en Schiller (Wallenstein) ni en Goethe hay la idea alemana, sino en Fichte y en Arndt (¿así se escribe?). Que no toleraba que llamaran filósofo a Fichte.

¹³ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo II, pp. 88-89.



RODOLFO WALSH: Cuba bombardeada
 La teoría poscolonial y las Américas
 PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA contra la invasión yanqui
 a su patria
 Regino Pedrosa por DULCE MARÍA LOYNAZ
 Florestan Fernandes por ANTONIO CÁNDIDO
 Textos de NÉLIDA PIÑÓN, JAIME SABINES,
 TUNUNA MERCADO, JOSÉ LUIS ABELLÁN,
 OSVALDO BAYER, NANCY MOREJÓN,
 JOSEFINA LUDMER, SILVIO RODRÍGUEZ,
 JESÚS ORTA RUIZ, REINALDO MONTERO,
 JUAN CALZADILLA, PEDRO DE ORAÁ,
 ALBERTO ROCASOLANO, JAIME MELJÁ DUQUE,
 MARÍA E. GRAVINA
 Historia y novela en nuestra América
 Sobre una edición de la poesía martiana
 La enfermedad de Cuba

No hablé, en cambio, del *sionismo* (o como se escriba) que él mismo inventó alguna vez. Acabó con una nebulosa retórica en estilo ameno, reticente, florido, (este último chiste mío tuvo buena suerte en el Ateneo). Diego Rivera está loco por irse a la guerra y trae a cuentas a más de Angelina, a Lipchitz (joven escultor ruso) y a Landau (joven ingeniero ruso) (*marquis Tombé en Bohème*) con quienes comparte su horripilante y desgarradora pobreza. Acevedo se fue a Toledo por dos días, invitado por el difícil Zárraga. Yo, solo, pues el odio de Acevedo a los primitivos me lo había encubierto, descubrí un pasmoso Fra Angélico (La Anunciación) ¡Oh!... (Acento acevédico). Descubrí al inteligentísimo Bosch, que tan bien sabe interpretar los tanteos de la naturaleza en los días de la creación, y que ve tan claramente lo trágico cotidiano: por sus escenas familiares o campestres circula una gloria de monstrucillos que darían a Torri desmayos de placer (“se desmayan llenas de risa”). ¿Tienes tú, o quién tiene esa *canción* de Zaratustra? ¿Te acuerdas: “dan con los martillos... etcétera?” Descubrí que en Bosch aprendió a pintar mi amable conocido David Teniers (“Tentación de-San-Antónico) etcétera. Me gustaría escribir sobre este portentoso Jerónimo Bosch que (“mayor vergüenza para los que...”). Hoy estoy reminisciente, lleno de acordes y resonadores. Poco después llegó Diego al museo y tuve el placer de verle mover los pulgares nerviosamente delante de un monje muerto de Zurbarán ante el cual hay que enmudecer. Diego celebra la destrucción de Reims, porque quisiera ver morir al *Gótico* en aras de la *Santa Sofía* o el templo de Moscú. Acevedo quiere que muera el *Gótico*, pero en nombre del neoclasicismo de los Luises de Francia. El choque será

inevitable, y surgirá frente a los desconcertantes y raros portentos del Greco. Hasta temo que la cosa salga de lo artístico, pues Diego, arrebatado en su cubismo, comienza a opinar (como tú, bribón) que en el fondo de Acevedo hay un *pompier*.

Recibí después tu carta en que me hablas de los horrores de México.

Cierto: México no existe por ahora. Yo cuento en este instante con doscientas cincuenta pesetas al mes para vivir: tendré que poner casa, pues en donde estoy no me basta la suma. Ya tengo muebles que adquirí por poco en una sorprendente ocasión. Hay un rincón de sesenta pesetas al mes adonde tal vez me instalaré. Como ves, estoy pobre. Lo importante es que los dioses me han perfeccionado a fuerza de golpes. Soy, como tú lo has sorprendido, un poco feliz. Me he portado mejor en un mes de Madrid que en un año de París.

Personalmente, me bastará decirte que ya no tomo más que una taza pequeña de café con leche por la mañana, y que ya sé comer como todo el mundo.

Que no me enfermo (mis jaquecas cada vez son más místicas). Estoy gordo, pero ya no panzón. He andado con Manuela toda la tarde para que le pierda el miedo al cortante y tónico y mortal (dicen) viento del Guadarrama. Vivo en casa de un francés que se fue a la guerra, la señora recibe huéspedes para ayudarse. Muy agradable. Buena comida: ahora todo el día pienso en comer, y hasta lo hago con vino tinto: soy perfecto ya. Los otros huéspedes de la casa (próximos a partir si no me engaño) son Celso Acosta, bonachón, y Rubio Navarrete, interesante para mí porque lo hago hablar de cosas técnicas militares. Lo he estado entusiasmando a que escriba sus

memorias militares; pero me ha echado indirectas sobre que tiene el conocimiento militar, pero le falta la pluma. Para evitar malas inteligencias, y dado que ambos me respetan en lo que soy, les he puesto con suavidad los puntos sobre las *íes*, asegurándoles que de mí no se saca partido político. Rodolfo continúa en San Sebastián, donde ha internado a sus dos hijos mayores en una escuela de dominicos, construida sobre la montaña, en medio de bosques. Enseñan a los niños, además de la instrucción común, un oficio, según sus aficiones.

Me hablas de *La Muerte de Europa*. Ya recordarás que yo mismo te anuncié que sólo *La Conciencia Insular* sería publicable. Lamento mucho ser tan inadaptable al medio americano. Haré esfuerzos por hacer crónicas accesibles. Fracasaré. No quiero competir con el buen Ventura, ni parecermele en querer entrar a la prensa de Madrid, cosa que desacredita ante la gente seria y decente de aquí, que es la que yo trato. Díez-Canedo me dijo ya claramente que fuera de ellos no había gente decente. No he publicado lo del clásico P. Mariano porque aún no tengo influencias en la prensa.

Creo que será en una semana, y sólo por él lo haré, no para mí. Próximas relaciones: Federico de Onís; Ramón Pérez de Ayala (éste por utilitarismo: acaba de fundar un negocio editorial, y porque parece que se ha expresado bien de mí). Por las dudas, no hagas muchas alusiones barónicas, o que sean las más veladas, pues hay el hábito inveterado de abrir los sobres y tus cartas llegan primero a San Sebastián. No sucederá con las posteriores; pero “no vaya a ser el diablo...”.

No dejes de seguirme contando los capítulos que siguen en la historia de nuestros amigos. A Nin le escribí y no me ha contestado. A Francisco le contestaré, haciendo un esfuerzo de actividad, en cuanto pueda tener algo interesante que decirte. Mientras tanto, él sabe bien que tiene una parte en las cartas que a ti te escribo. *Item* para los clásicos José Mariano Chacón y Mariano Brull. Puedes escribirle a Pablito por mi conducto. Necesito, no lo olvides, que me ayudes en el Alarcón. No tengo idea ni de cómo se hace una edición. Ya sabes que mi amor y mi respeto a la técnica de todo trabajo, me hace siempre exagerarme a mis propios ojos mi ignorancia connatural, mi inexactitud hereditaria.

Díez-Canedo me va a prestar tu Ruiz de Alarcón, que me servirá para indicarme los derroteros (a más de que la parte crítica del prólogo toda será tuya). Me enviaste un folleto de Olivapara *Revue Hispanique* (con lápiz). Como el de R.F.D. basta y sobra, el otro se lo daré mañana a Díez-Canedo.

Icaza (se me olvidaba) va a publicar un libro sobre la *Universidad Alemana*, y me preguntó si a nosotros nos interesaría. ¡Es un genio! Yo le conté todo lo que habíamos talado por esos montes. Envíale (y a mí) *La Universidad* tuya.

Le va a someter el libro, en capullos, ¡a José Ortega y Gasset! Él dice que por primera vez en su vida hace tal cosa.

Manuela te saluda. ¿Qué negocio te lleva a New York?

Alfonso¹⁴

El segundo tramo de la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes va de septiembre de 1914, cuando Alfonso Reyes llega a Burdeos, hasta 1944. Esos treinta años son menos caudalosos que los que van de 1907 a 1914 pero ocuparían otros dos volúmenes parecidos con otro centenar de cartas.

No es posible ni deseable resumir ese caudal en unas cuantas líneas o páginas pero sí se pueden destacar algunas líneas o trazos maestros de ese intercambio para los efectos de esta intervención auspiciada por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. El primero es quizá la fruición, la alegría de poder escribir y expresar a un semejante todo lo que se trae como guardado. Ese júbilo va acompañado de un entusiasmo por la creación del hermano y prójimo: y la de una voluntad de redimir mediante el humor las envolturas y opresivas circunstancias para júbilo leído del cómplice risueño.

Una de esas circunstancias es, por supuesto, México. Primero desde febrero de 1914 hasta junio de 1921 y luego, desde junio de 1921 hasta noviembre de 1924, Pedro Henríquez Ureña no estaría en esta república sino unos cuantos años. Antes había estado aquí casi ocho años, entre 1906 y 1914, entregado a una actividad múltiple e infatigable, en la cátedra, en la prensa como cronista, en el estudio y la biblioteca produciendo libros y artículos críticos y filológicos y algunos textos políticos en los años de plenitud juvenil, cuanto tenía entre veintidós y treinta años. Los tres años que van de 1921 a 1924 coinciden con la etapa diríamos leninista de Pedro Henríquez Ureña (quien, como se sabe, contraerá matrimonio con Isabel Lombardo, hermana del líder Vicente Lombardo Toledano). El leninismo de don Pedro se deja ver en la introducción al libro de Carlos Gutiérrez Cruz (texto de Pedro Henríquez Ureña sobre el escritor de la LEAR que incluye José Luis Martínez en sus *Estudios mexicanos* con el título “Un poeta socialista”).

Sangreroja. Versos Libertarios por (C.) Gutiérrez Cruz. Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios. México, 1924. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña.

¹⁴ En Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, tomo II, recopilación de Juan Jacobo de Lara, R.D. Publicaciones de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1981, pp. 89-93.

(En la portada aparece un símbolo con una estrella, una hoz, una lima y un martillo.)

He aquí los versos del poeta socialista; mejor: del poeta social. Frente a quienes durante tantos años decidieron excluir de la poesía las preocupaciones del hombre como parte de la sociedad en que vive, este poeta se levanta a hablarnos de aspiraciones y derechos de la multitud. Frente a quienes declararon que sólo hay una poesía en la vida cuando se concibe como en las antiguas aristocracias, es decir, cuando se concibe asentada sobre la injusticia, este poeta viene a afirmar la poesía de los humildes.

Pero este poeta no va a cantar la vida de los humildes que se resignan: quédase ello para cualquier poeta inglés, de esos que son en el futuro “hombres de orden”. Este poeta viene a hablar de los que trabajan y luchan; y no como simple imagen: nada es tan ajeno como la ociosidad literaria para quien el trabajo y la lucha son temas favoritos de declamación. No, este poeta habla de los que conocen el trabajo y la lucha como realidad cotidiana y llena de sufrimiento y molestia; los que trabajan por su pan, todo el día y todos los días; los que luchan para que no les roben el sustento, o para exigir siquiera el indispensable, y en la lucha mueren o sólo alcanzan a vencer paso a paso, nunca de lleno.

Así, para el poeta, el sol, el hermano sol de Francisco de Asís se hace digno de la fraternidad humana porque presta servicios: el sol es hermano del obrero porque trabaja todos los días. Así, el metal que el obrero saca de bajo tierra debe servirle para armarse contra la tiranía: lo que hoy sirve para esclavizarlo, debe servirle para liberarlo.

Saludamos a la musa que deja las Bergerettes del salón para cantar la Internacional en las calles enlodadas; a la musa que abandona el palacio de los Virreyes para irse al taller, a la mina, al campo de labranza donde está la vida, la vida que debe interesarnos antes que toda otra si tenemos espíritu de justicia.

Pedro Henríquez Ureña
(impreso en papel rojo)

Pero esta referencia es quizás anecdótica. Lo substancial de la guía estética y crítica de Pedro Henríquez Ureña —ese alto mulato con cara de hindú, según Salomón de la Selva— hacia Alfonso Reyes está en el arte de la observación literaria y de la amistad crítica que los lleva a ambos a intercambiar a lo largo de los años palabras voluntariamente despiadadas y abiertamente críticas que hacen recordar cómo Cicerón ponderaba la amistad como una virtud civil y civilizadora. Deportiva, olímpicamente, Reyes y Henríquez Ureña están siempre subiendo la altura de la barra que hay

que saltar. Si en 1914 y en 1915, en las Cartas de Pedro y de Alfonso, “México no existe” y está en plena descomposición, en junio de 1921, Henríquez Ureña decide aceptar la oferta de José Vasconcelos —Pepe para los cuates.

Minneapolis, 19 de junio de 1921

De Pedro a Alfonso:

“Otra vez, incansable peregrino”... (Cita que tú recordarás, porque —si bien la diferencia entre nuestras edades o es tan grande como parecía hace quince años— tu educación y la mía están separadas por el espacio de una generación: la tuya 1900, la mía 1880.) Aquí voy ahora atravesando los campos de Texas llenos de sol y de calor. Anteayer salí de Minnesota, con mi tía, cuatro baúles, cuatro maletas y una cesta hecha de armadillo, que vuelve a su tierra nativa.

Durante el invierno pasado decidí salir de Minnesota; el invierno no me conviene. Me habría ido a climas de invierno más benignos e hice averiguaciones sobre puestos en Philadelphia, New Haven y Baltimore; pero nada encontré. No quise hacer gestiones sobre Chicago —aunque parece que allí me deseaban—, porque la diferencia de clima no lo justifica.

Al fin (yo me habría ido a cualquier parte lejos del Polo Norte) tuve que escoger entre la revista de Salomón de la Selva en Nueva York y la oferta inesperada de Pepe Vasconcelos en México. Cancelé la primera en vista de la segunda (sigo con lápiz porque se acabó la tinta de mi pluma estilográfica y en el tren no hay tinta); cada día que pasa veo que hice bien, pues la revista de Sal no acaba de cuajar —por lo menos me *rió* de ella—. Pero no por eso creas que sé lo que voy a hacer en México: Pepe me propuso primero una cosa —dirigir publicaciones de clásicos, luego otra —jefatura de intercambios universitarios. Dos cosas igualmente fantásticas. Al llegar lo convenceré de que lo segundo no merece el sueldo que se me asigna y de que a cambio de él debo dar, además, una clase para profesores y alumnos que quieran viajar, en inglés, y tal vez otra que deseo dar, de investigación en lengua y literatura castellana.

¿Que cómo me convencí de que debía ir a México? Es extraño: no me costó ningún trabajo. Hace un año no lo habría podido aceptar. Pero un año de paz, y la impresión de que todo irá bien en el futuro y la creencia de que no sufriré molestias porque voy cambiado y sabré tratar a los mexicanos sin molestarlos y al mismo tiempo, como dirían los viejos, “darme mi lugar”, todo contribuyó a que la decisión fuera instantánea cuando recibí la tentadora oferta primera de Pepe. Ya imaginarás, también, a qué paroxismo había llegado mi deseo de no vivir en los

Estados Unidos. Creo que toleraría Nueva York, y, por extensión, ciudades cercanas como Philadelphia, Boston, New Haven, Baltimore. Pero el Oeste, aun Chicago, es demasiado para mí, por el clima y por la gente. Como sabes, no pasa día que yo no piense en el problema de por qué los pueblos son como son.

Pedro¹⁵

La vida ha dado vueltas y ya Alfonso Reyes, luego de más de cinco años de estar ganándose a pulso la vida en Madrid, levantando sillas con palillos de dientes sin lastimarse las encías, como él mismo dice en una carta a Francisco A. de Icaza, es decir escribiendo y traduciendo como un forzado, ha vuelto al redil diplomático y ahora tiene más bien que torear obligaciones oficinescas y mundanas.

Entre tanto, Pedro llega a México y el 29 de julio de 1921 le escribe a Reyes:

Desde el 23 de junio llegué y caí en el trabajo sin otros descansos —si lo son— que los innumerables paseos y comidas con los amigos. La actividad es enorme, todo es mexicanismo y todo está muy bien. La ciudad está algo deteriorada, pero el espíritu bien.¹⁶

La carta que le escribe Pedro a Alfonso el 4 de enero de 1922 no sólo es ilustrativa del clima que se vivía

entonces en México. Está sembrada de observaciones inteligentes sobre la historia política de América Latina.

4 de enero de 1922

Me es enteramente imposible escribir cartas. Ya ves cuántos días han pasado desde que comencé, y aún no puedo.

Índice: no tengo tiempo ni de poner algo en limpio. ¡Imposible!

La edición de versos de mi madre: los ejemplares llegaron tan mal empaquetados que se han echado a perder trescientos o cuatrocientos. Esto es pavoroso. Espero poder encontrar una carta de Máximo Coiscou que describe lo ocurrido ¿Crees que podría reclamársele algo a Bello? Es realmente horrible lo que han hecho con esa edición. Pero quizás el pobre de Bello tenga bastante con los fracasos propios, me figuro.

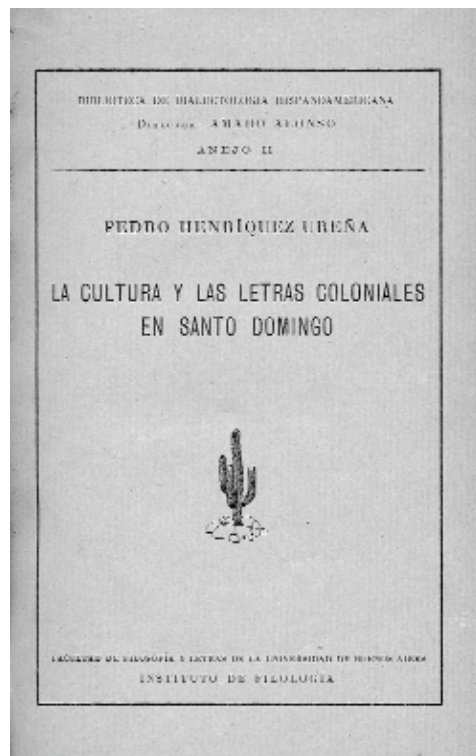
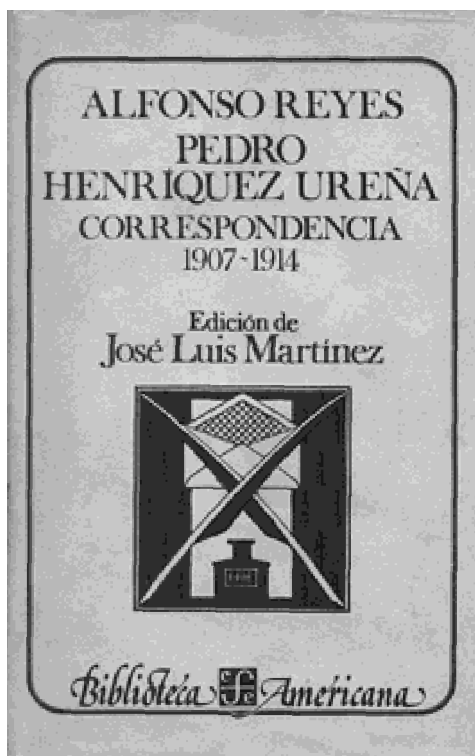
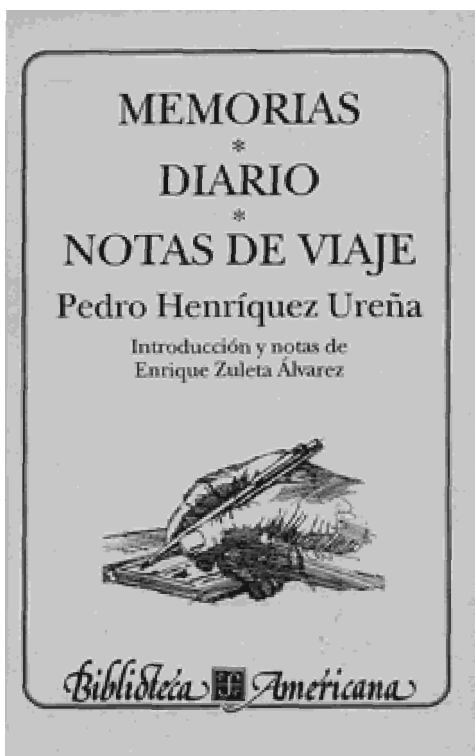
Ruiz Castillo no me ha escrito nada sobre Dunsany, ni yo he tenido tiempo de revisar las traducciones de Francisco José Castellanos, cuya viuda se pasó aquí cinco meses, y acaba de regresar a La Habana: ella y su hermana, la esposa de Crespo de la Serna (el hijo de Crespo y Martínez, aquel ministro en Austria), se hicieron muy amigas de nuestro grupo —pero últimamente cayeron bajo la influencia de Diego Rivera. ¡Si vieras qué loco está!

¿Cuándo escribes sobre mi *Versificación irregular*? ¿Tendrás tiempo? Vi lo del *Times*: mal hecho, pero con buen deseo.

Libros para la Universidad: he hablado con el actual jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, Vicente Lombardo Toledano, muchacho de carácter, inteligente y activo, ex discípulo mío (ha sustituido

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo II, pp. 195-196.

¹⁶ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo III, pp. 196-197.



a Carlos Pellicer, joven poeta a ratos brillante, pero perezoso y sin orden): ya te escriben explicándotelo todo. Entre tanto:

1. Falta que se dé cuenta de cómo se gastaron las últimas pesetas que aún no había gastado Canedo (o, ¿habrá venido todo confundido con los nuevos cuentos?).

2. Se te enviará una lista de libros de literatura española que *ya tiene* el Departamento de Bibliotecas, de destinados a la biblioteca fija del Ministerio: pásala a Victoriano Suárez y diles que envíen *todos* los libros que estén indicados en la última bibliografía del Manual de Fitzmaurice-Kelly y que falten en la lista que recibirán; esto quiere decir, desde luego, que lo que quede del último dinero que se te envió debe destinarse *todo* a estos libros de literatura española, que hacen falta para que aquí se pueda enseñar la materia en Altos Estudios.

3. Si eres delegado de la Secretaría y con tal carácter compras los libros; con ese carácter debes dirigirte al Ministro (Vasconcelos).

4. Explica los papeles respectivos tuyo y de León Sánchez Cuesta en estas compras.

5. Hay que enviar facturas, relación de cantidades recibidas, etcétera.

Ya te escribirán de todo. A mí me interesan 1 y 2.

No sé qué decirte del libro de José María. Hablé con Julio, pero no recuerdo qué me dijo.

Tu última carta: me preguntas algo raro. “¿Qué significan las exaltaciones jacobinas de nuestros amigos? Iturbide me es personalmente antipático. Lo encuentro *curioso*. Pero Madrid ostenta los nombres de los héroes republicanos en muchas calles, sin que el monarca se incomode. Tú dices que los nuevos mitos han venido a aumentar el sentido religioso del mundo”.

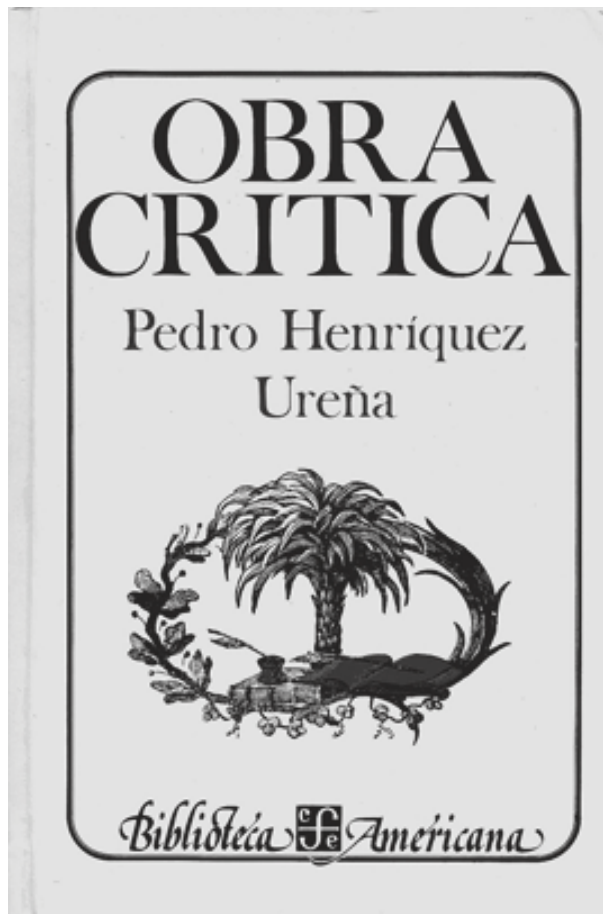
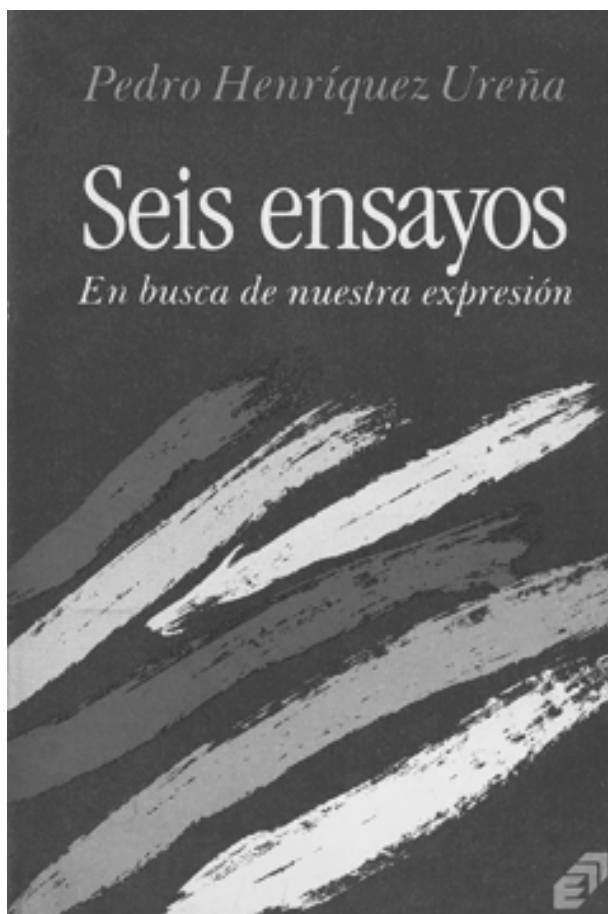
A. NO VEO LA COMPARACIÓN: Iturbide no es héroe: es un militar que hizo un negocio que le convenía, sin convencerse de que no le hacía bien a nadie. Para mí es incomprendible que se declare héroe a quien nunca tuvo propósitos heroicos. Una peculiaridad de México, que yo no acierto a explicarme sino como aberración de una parte del espíritu nacional —poca claridad mental—, es que las reputaciones de los falsos héroes les sobrevivan. En cualquier país tropical —pongo a Venezuela como ejemplo del desastre— se endiosa como héroes a los hombres que están en el poder; pero una vez que caen a nadie se le ocurre sostener la ficción. En México se sigue sosteniendo la ficción cien años después —en el caso de Iturbide—, y no es extraño que se sostenga diez años después en el caso de don Porfirio. Y eso que yo admito heroísmo, o por lo menos patriotismo, que es la misma cosa, en don Porfirio; pero yo estoy acostumbrado a pensar desde la infancia —y te aseguro que es la creencia general en los países latinoamericanos de tierra caliente (por lo menos en éstos, que son los que yo conozco)—, que héroe manchado deja de ser héroe. La mayor parte de los tiranos de nuestra América han comenzado con actos de

patriotismo; han peleado en la Independencia, han defendido al país contra ataques extranjeros, y a sí por el estilo; sin embargo, al convertirse en tiranos, la opinión popular, y la famosa posteridad, los han borrado de las listas de héroes. Yo creo que era tiempo de que en México se hiciera eso con Iturbide.

Quizás otra explicación de por qué en México sobrevive la reputación de los falsos héroes es que aquí existen los verdaderos enconos de partidos; ser de un partido implica pensar de cierto modo en religión, en política, en economía, en literatura (ahora pienso que en España hay hechos paralelos); y por eso cada partido tiene sus propios dioses lares, que le duran siglos aunque sean falsos. En el resto de América esa división profunda entre conservadores y jacobinos no se ha hecho visible en política, porque en unos países ha habido demasiada indiferencia en religión, demasiada tendencia natural a la forma republicana, demasiado poco claros los problemas económicos para que surgiera una situación como la de México: tal es el caso de la Argentina y de los pueblos de tierra caliente; o bien los conservadores en religión y demás han dominado de modo tan absoluto que el problema apenas si se esboza ahora: el caso del Perú, donde la simple tolerancia de cultos ha provocado escándalos hace cinco años.

B. LAS EXALTACIONES JACOBINAS DE NUESTROS AMIGOS. EN PLURAL: Supongo que en singular y que aludes a Pepe. He aquí la historia: nuestro viejo amigo Antonio Ramos Pedruza, especialmente apto para decir tonterías, dijo un discurso en elogio de Iturbide delante de Obregón. Obregón, que es buen jacobino, se disgustó y le dijo a Vasconcelos que estas cosas necesitaban remedio. Se decidió, pues, a destituirlo públicamente, dando al público las razones. Estas razones eran: que el gobierno era liberal, avanzado y que no debía tolerar que se enseñaran en las escuelas oficiales doctrinas contrarias a las que él representa. Mi opinión dada a Pepe fue que esto no podía sostenerse: dentro del criterio liberal, el cándido criterio liberal que los reaccionarios han sabido aprovechar para sus fines, a nadie se puede perseguir por la expresión de sus ideas (y esto creo que debe subsistir en cualquier criterio), y el gobierno ni siquiera tiene derecho de exigir que no se enseñen ciertas cosas; por eso yo opiné que debía invocarse otro criterio, el socialista, dentro del cual sí hay derecho a que el gobierno imponga determinadas ideas en la enseñanza. Pero no es posible invocar oficialmente, aquí, la doctrina socialista. Afortunadamente, la tradición liberal de México es mucho más enérgica de lo que sería si fuese liberalismo puro y aquí sí han existido, desde el 57, prohibiciones en la enseñanza.

¿Que cómo está esto? Difícil es decírtelo. Políticamente, creo que esto va bien: no sería difícil que Obregón terminara en paz sus cuatro años, si es que esto realmente puede darse en México sin reelección. Pero no estoy seguro de que valga la pena, para ti, venir a Méxi-



co. Tú como yo representamos la enseñanza superior junto a Vasconcelos: no porque no nos interese la enseñanza elemental, sino porque él ha cogido ya esa parte del problema con tanto calor, que ni tú ni yo tenemos nada que sugerirle en ese orden. Quedamos, pues, reducidos a defensores de la alta cultura; y la lucha es muy molesta, porque Pepe está decepcionado de lo que se puede hacer con ella, dado que los hombres que la representaban antes de mi llegada, Caso y Chávez, no hacen nada práctico. Este año, pues, lo considero medio perdido para los fines de la alta cultura: Caso y Chávez siguen dominando la situación, con la mejor intención del mundo, pero con la mayor falta posible de sentido práctico. La Escuela de Altos Estudios, blanco de mis tiros, seguirá siendo la cosa híbrida en que la han convertido las sucesivas administraciones. Sin embargo voy a dar allí, por primera vez en México, un seminario y espero probar que, sin aumentar en un centavo los gastos, en esa Escuela se pueden obtener resultados serios. Quizá para entonces pudieras venir tú como director: despejada ya la labor de instrucción elemental que ha emprendido Pepe (cincuenta millones de presupuesto), podrá comenzar a hacerse algo por la otra.

Pedro¹⁷

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *op. cit.*, tomo III, pp. 199-203.

No todo es miel en la cocina de la amistad. Alfonso Reyes consigna en su *Diario* (inédito) el 30 de marzo de 1931:

P.H.U., me escribe excitándome a no dispersarme tanto ni ir tan de prisa en mi trabajo literario. Me señala con razón muchos errores, me dice muchas cosas injustas y de mal humor. Por verdadera piedad a la situación de su vida, no insisto en defenderme de lo que también pudiera rechazar. Al fin y al cabo me hace provecho esta llamada al orden.

Como apunta Alfonso Rangel Guerra en las *Ideas literarias de Alfonso Reyes*, ni esta carta de Henríquez Ureña ni la respuesta de Alfonso Reyes se han podido localizar. En el tercer tomo del *Epistolario íntimo* publicado en Santo Domingo por Juan Jacobo de Lara en 1983, las cartas que correspondían al periodo de los quince años que van de 1930 a 1944 ocupan apenas ciento diez páginas. Esto se debe en parte a que se podían ver cuando los Henríquez Ureña vivían en Uruguay y los Reyes en Argentina y en Brasil, y en parte quizá porque se había dado un distanciamiento entre el maestro y el discípulo pues éste a ojos de aquel publicaba demasiado y el mexicano quizá sentía que el dominicano estaba algo celoso de sus éxitos, cosa que a nuestro ver no sería del todo justa pues más bien creemos que a Pedro le preocupaba una cierta evolución literaria de

Reyes hacia los rumbos de la política y la mundaneidad. En los seis años que van de 1932 a 1938 no hay en la edición de J.J. Lara ninguna misiva. La correspondencia va menguando —no hay ninguna carta para 1943— y la correspondencia editada concluye con la misiva del 4 de junio de 1944 donde se da cuenta de cuán importante fue la última carta de Pedro Henríquez Ureña a Enrique Díez-Canedo ya que esa carta, “fue lo último que leyó el día de ayer. Se nos murió por la tarde”, dice Alfonso. La despedida de Alfonso Reyes es sobria: “Fuera de esta pena no hay qué contarte. Trabajamos constantemente. Todo te irá llegando”.

Llama la atención esa primera persona del plural que alude quizás a la sombra del cuerpo colectivo que alguna vez formaron los amigos-discípulos de Pedro: Reyes, Torri, Vasconcelos, Caso, casi todos los amigos a quienes dedica “La balada de los amigos muertos”. No por nada en 1946, al escribir su necrología, Reyes se lamentará —siempre en primera persona del plural, esa primera persona regia que solía utilizar: “Desapareció, se fue cuando más falta nos hacía...”.

La frase puede admitir una lectura civil pero también personal. En su relación con Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes no había dejado de oír desde 1931 aquellas admoniciones de Pedro Henríquez Ureña a propósito de la dispersión. La prueba es que se puso a escribir los ensayos que hubiese querido reunir bajo el título de “La musa crítica”: *La antigua retórica* (1941), *La crítica en la edad ateniense* (1942), *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* que concluiría en la medianoche del 30 de agosto de 1942. *El deslinde* se publicaría en México en el mes de junio de 1944, el mes en que está fechada la última carta de Reyes a Henríquez Ureña. Es impensable que Alfonso Reyes no le hubiese hecho llegar a su amigo Pedro el libro con el cual cumplía la cita y el compromiso de escribir una obra mayor; y también es impensable que no se lo hubiese anunciado. O quizás habría que pensar que el discípulo todavía le tenía cierto miedo y respeto al hermano mayor, amigo, maestro y que prefirió enfrentarlo a un hecho consumado. En cualquier caso, no hay rastros de la respuesta del dominicano a su amigo mexicano y es inútil especular qué le habría parecido *El deslinde* a ese gran lector y maestro de teoría y práctica literaria, a quien se cita apenas cuatro veces en el curso del texto monumental. En cambio, sí se puede saber cuán impor-

tante sería la intervención personal de Pedro Henríquez Ureña para la publicación de *La experiencia literaria. Coordinadas* en Losada. “Estas coordinadas —le dice en la carta del 12 de septiembre de 1942— son puntos de referencia a que me contraigo en las nuevas cosas que preparo”. Entre esas nuevas cosas estaría muy probablemente *El deslinde*. El 4 de noviembre de 1942, desde Buenos Aires, Pedro le escribe puntualmente:

Alfonso:

Contestando tu carta, te aviso que me ocupé de *La experiencia literaria* me dieron pruebas, las corregí y también las recorrió Amado. Hay dos o tres notas agregadas a uno que otro retoque, como el que indica la duda que sobre que el Marqués de Santillana haya recogido los refranes. Sale pronto.

No hay literatura. Sólo eficiencia. Habían pasado muchas cartas, habían pasado muchos años de reproches mutuos, por no escribir al otro: “no seas tan mudo conmigo”, le dirá el 2 de diciembre de 1939; muchos años de estarse diciendo (Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña el 13 de julio de 1940) a propósito de la publicación de *Plenitud de España*) cuán “indispensable es recoger las cosas, organizarlas, ponerlas en valor (nótese el galicismo) porque escribimos para públicos desatentos y negligentes. Por eso me pareció un poco injusto que en alguna reciente carta me dijeras que dejara ya en paz las muchas cosas que tengo desperdigadas”. Muchos años de diversión en la crónica y el cotilleo, muchos años de amistad activa y militante, de toma y daca, de insistir del lado de Pedro Henríquez Ureña en hacer mejor las cosas y del lado de Alfonso en publicar y dar a conocer lo disperso. Y desplegándose en el horizonte la idea viva y sentida y presentida del Renacimiento como una actitud, como un estar ahí escuchando el grito de la sirena y la risa de la musa. No sólo hablando sobre Homero y Catulo, Lucrecio y Virgilio sino interpeándolos y hablándoles al tú por tú, como diría *Mario el epicúreo*, la novela del admirado Walter Pater, traducido por Pedro Henríquez Ureña: *vere renatus orbit est*. “La armonía verdadera estriba en renacer”. Y tal era el Renacimiento que alimentaba a través de sus cartas y lecciones la vocación magistral de Pedro Henríquez Ureña, cierta idea de la enseñanza como sacerdocio y conspiración.

Pedro Henríquez Ureña se tomó muy a pecho su papel de maestro y asumió desde muy temprano su responsabilidad como pastor de inteligencias jóvenes a partir del oficio de la amistad.